

aguaviva

revista literaria

primavera
5 2025

los sentidos

traducciones,
creaciones,
reseñas,
artículos



aguaviva

revista literaria

DIRECCIÓN Y COORDINACIÓN

Ana Marante González
Andrea Sánchez Villamandos
María Gómez García
Sophia Hidalgo Hernández

DISEÑO E ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA

Amenadiel Rosales Quintero

EDITA

Ana Marante González en San Cristóbal de La Laguna

PARTICIPAN

Andrea Sánchez Villamandos, Antonio M. Piñero, David Morales Pérez, Diáspora Canaria en Brega, Elena Villamandos, Guillermo Oliva Casanova, Jelen Broock, Jorge Rodríguez Esquivel, Margot Machado, María Gómez García, María González Falcón, Raquel Reyes Díaz, Sophia Hidalgo Hernández, Teresa Pulido Mañes.

© Todos los derechos de los textos e ilustraciones pertenecen a sus respectivos autores y autoras. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin el permiso previo y por escrito de sus respectivos autores y autoras.

© 2025, Revista Literaria Aguaviva. Todos los derechos reservados.

ISSN: 3045-6924

DOI: próximamente

Sumario

Nota preliminar

<i>Yo nunca he tocado un corazón</i> , Ana Marante González	4
---	---

Creaciones

Andrea Sánchez Villamandos	5
Antonio M. Piñero	6
<i>Réquiem por una forma</i> , David Morales Pérez	11
<i>Cartas a la distancia</i> , Taller de escritura de la Diáspora Canaria en Brega	16
Guillermo Oliva Casanova	20
<i>Mi grito</i> , Jelen Broock	21
Jorge Rodríguez Esquivel	23
<i>Muerde el lápiz, lame el papel</i> , Margot Machado	26
<i>lluvia en febrero</i> , María González Falcón	28
<i>casa, hogar, hurgar</i> , Sophia Hidalgo Hernández	30
<i>Lo que existió</i> , Teresa Pulido Mañes	31

Reseñas

Ángel Padilla (2024): <i>La Bella Revolución</i> , Elena Villamandos	35
Rosa Galdona (2024): <i>Zapatos azules de tacón alto</i> , Raquel Reyes Díaz	45

Artículos

<i>La búsqueda de la libertad a través de los sentidos: vida y obra de la poeta canaria Victorina Bridoux y Mazzini</i> , María Gómez García	49
--	----



Nota preliminar

Yo nunca he tocado un corazón

Cuando empecé a escribir, pensaba que mis textos requerían siempre de un primer paso que consistiera en mirar y escuchar, hacia dentro o hacia fuera: te revuelca la ola y sientes la oscuridad en los ojos y el traqueteo en los oídos. La vista y el oído se me planteaban como los pasos previos al proceso creativo. Sin embargo, con los años, he aprendido que a las estrellas también se puede llegar desde la nariz, la lengua y la piel.

El cuerpo, en definitiva, es la materia que vertebrata el quehacer de los sentidos y, con ello, el quehacer de la literatura. El corazón es una pandereta roja en un día de fiesta, que lame la misma sangre que brota de las heridas, que huele a todas aquellas cosas que nunca han experimentado el contacto directo del sol y que suena a romería. Nunca he tocado un corazón, pero estoy segura de que su textura es una canción de Valeria Castro.

Los ojos se vuelcan, se caen y gritan, como canicas. Los oídos se cierran y se abren y se agigantan y se empequeñecen, como Alicia bebiendo frascos en el País de las Maravillas. Mi nariz solo existe cuando el olor es un recuerdo. Sé que va a llover, cuando la lengua me sabe a hierro. Todo lo que quiero ha sido alguna vez un temblor en mi piel. Todo lo real, el pensamiento y el sentimiento, es la espinita que se te pincha en el cuerpo para dejarte la apertura en el alma. Y, sin embargo, tantas personas, durante tanto tiempo, debatiendo sobre la escisión entre razón y sentidos. Nos convencen de que el cuerpo y el alma son las dos coberturas de una galleta oreo, cuando, en realidad, el cuerpo es la cobertura, y el alma, el relleno: pegaditos para siempre, inexistentes el uno sin el otro. Por mucho que raspes, el sabor de la vainilla se queda eternamente en el chocolate, y a la inversa.

En las siguientes páginas, las palabras, como ocurre en la realidad misma, convierten la información captada por los sentidos en pensamiento y sentimiento. La literatura que se recoge aquí, por lo tanto, es reflejo de todo lo que sus autores han captado o añorado captar; podemos escuchar el silencio y tocar el vacío porque la realidad nos ha enseñado a entender la posibilidad: solo desaparece lo que alguna vez existió. El cuerpo, el paisaje, la música, el cariño, la tarta de la abuela, el caramelo de eucalipto, el atardecer, un lunar, un helado, la huerta de la vecina, un grito, una raíz y un cielo; estas páginas son todo eso. Esperamos que te ayuden a sentir todas las estaciones que encierra una primavera.

Ana Marante González,
San Cristóbal de La Laguna, marzo de 2025.



Creaciones

Andrea Sánchez Villamandos

(creación)

Me pesan las venas tendida en el suelo en el plato de ducha agua
hierva más fría que la sangre que me recorre yo toda fundida disuelta
toda en la lluvia que cae bajo este techo deshecha en dedos pulgares y uñas encarnadas

agua estancada

pelo negro rizado

un lago de piel sucia

(y yo aquí toda líquida toda sudando pena)



Antonio M. Piñero

(creación)

Puedo morder

todos estos olores, recuerdos,

ese susurro que empujas contra mi oído

como a la nieve. Puedo lamer

el sonido de esta habitación,

y ver su forma, y ver tu borde desdibujarse,

y verte espuma, y verte lirio, y verte sima. Sin embargo,

rompo el atardecer,

sin poderte arrancar del viento.



Tengo ahora siempre
un olor en la lengua
que me recorre y me reafirma
los contornos de la boca,
la garganta,
el estómago,

los centímetros de mí que quedan quietos
y sin caricias.



Quisiera ser el tacto de la roca que pisas
y deja surco en tus pies,
el clavo que sujeta firme tu columna,
los huecos en los que se te esconde
el pulso al respirar. Quemándote
ser un aliento previo a la carne,
la luna ensaetada que encadena tu olor,
serpientes entre el pelo,
los lunares que deja la noche
dentro de mí.



Me encantaría poder llorar ácido,
que queme al salir mis mejillas
abriendo barrancos en mi cara;
y tragarlo, tragarlo saboreándolo,
dejando atrás
para siempre labios, dientes, lengua,
garganta, todo lo que el aire acariciaba
y florece ahora en derribos
sobre mis aceras interiores.
Caminaré desnudo este desierto
de mantas y sillones deshabitados,
con las manos abiertas esperando
una gota que alivie mi sed.

Seré flor o desierto. Nada más.



Recorro con mis dedos
el brillo rosado y rugoso
del borde de esta caja de fósforos:
enjaulo con cuidado uno de ellos
entre índice y pulgar,
lo arrastro, enciendo y acerco a una vela.

Negro, blanco, amarillo anaranjado,
el aire temblando en ondas transparentes.

Reposo la vela contra el envés de mi mano,
soportando el fuego,
sintiendo en mí la primavera,
dejando atrás la piel y el músculo,
hueso y la ausencia.

Dejo arder el resto del cuerpo.



Réquiem por una forma,

David Morales Pérez

(creación)

Recuerdo encontrar el cuaderno de tablas tarareando la velocidad de los ratones, lo invisibles que son hasta que los ves correr hacia ti. Estaban tras una caja, debajo de la cama de mamá. Por la ventana abierta podía oír un poco sus voces, se habían sentado en el portal antes del anochecer como hacían todos los días. Si papá estaba contento cantaba sobre las frutas que volaban alrededor de su tienda, y las historias de quienes les daban las alas o quienes las adoptaban de nuevo, y le pedía a mamá que cantara para él. Otros días era imposible oírlos y preferían que el campo cantara por ellos o, como solía hacer mamá, se susurraban unas pocas palabras sin ninguna melodía. Volví a mi cuarto mientras seguía oyéndolos y guardé las tablas bajo la almohada. Antes de dormir, con la puerta cerrada, leí sus grabados mientras las manos me temblaban.

Ily volvía a su casa en pleno silencio, la perfecta sinfonía de la ciudad le permitía guardar la voz y orientarse sin problemas. Escuchaba a la verdulera de la avenida cantar la caída de los manzanos, a los carros que circulaban con prisa y a la gente que aprovechaba para terminar sus recados antes de comer. Sabía que podría hacer el recorrido hasta su casa sin abrir la boca y no perderse un solo detalle de lo que estaba pasando, y aun así pensaba que, si fuera la única persona en la ciudad y no tuviera su reloj, que solía llevar apagado, sabría perfectamente la ruta. Ese día, antes de volver, tenía que pasar por la farmacia. Una amiga suya trabajaba allí y, nada más verla, la atendió y sacó lo que había encargado el día anterior. Como siempre le cantó sobre los soldados que la asediaban a la salida de su turno y sobre las cargas de este. Le preguntó además sobre el frutero, pero aunque Ily quisiera hablar con ella tenía que volver cuanto antes.

En la cocina su madre cantaba una lenta canción recreativa. La mesa del comedor seguía adornada con el florero y el mantel, pero faltaban tres sillas que estaban en el cuarto de invitados, donde su padre cantaba a su abuela y ponía la vieja mesa que habían rescatado del trastero. Cuando este hacía los silencios escuchaba un suave murmullo, casi hablado, para sentir de nuevo la voz clara de su padre. La saludaron al entrar, su madre le pidió que apagara la radio mientras ella llevaba los platos al cuarto de la abuela y allí comieron mientras le preguntaban por el trabajo, por su amiga de la farmacia y por el frutero.

Sabía que su abuela la miraba. La miraba, la cabeza ladeada hacia ella, con unos ojos abiertos e inútiles. Había leído alguna vez que con ellos se podían ver las figuras



directamente, ver lugares y personas sin que hiciera falta cantar o tener las melodías del reloj para sentirlos, pero ahora solo eran vestigios de la evolución. Le gustaba pensar que aún significaban algo y los sustituía por otras formas. Los ojos de su padre eran sin duda un barco pirata y un oso amigable, aunque no supiera relacionarlos nunca los habría visto de otra forma. Su madre tenía un campo de flores y, casi en el centro de este, un libro de tablas cerrado, marcado por la mitad. Por muchas vueltas que le había dado no podía decidirse por las formas de su abuela. Al pensarlo recordaba su casa en el campo, sus perros, su cama, cruces y dulces de navidad, y aunque todas esas formas fueran ciertas, ninguna cuadraba por completo. Ahora era Ily quien la miraba, bebía agua para tragar mejor las pastillas y dejaba lentamente el vaso en la mesa de noche. Sus padres cantaron hasta que terminó de comer y se durmió. La casa se quedó en silencio y por un rato supieron que estaban ahí solo por el ruido de la ciudad.

Por la tarde volvió al puerto, le gustaba sentarse en algún muelle a oír el murmullo del mar sin tener ella que pensar o cantar. No era raro que le echaran en cara lo poco que cantaba y lo poco que la gente sabía de ella, de lo que pensaba, pero nunca le había gustado. Recordaba una horrorosa cancioncilla en las clases de lengua del colegio, “cantamos para saber dónde estamos y decir lo que pensamos”. Su abuela la repasaba con ella cuando la recogía. Más tarde, cuando estaban las dos en el sofá después de comer, le decía:

—Conmigo no cantes si no quieres, susurrar es más bonito.

Su abuela hablaba mucho y también cantaba poco. Si estaba en privado con alguien hablaba directamente, en voz baja o gritando, pero no buscaba melodías ni intentaba hacer versos, y cuando le preguntaban sobre qué sentía al hablar o si sabía siquiera con quién estaba hablando respondía: “¡Para lo que hay que ver!”. Ambas sabían que esa era una forma muy triste de comunicarse. Al cantar, la gente busca adornarse y a la vez cubrirse, decir nada de la forma más hermosa posible porque todos lo van a oír. Poca gente simplemente hablaba, las ondas de una voz baja quedarían enterradas bajo los cantos del resto y no dejarían ver bien el mundo. Ily lo sabía, había momentos en los que solo quería ser completamente ciega.

Esta vez se sentó al final del dique. Había apagado el reloj cuando iba a marcar el anochecer, solo sentía las piedras y el agua que se colaba entre ellas al ritmo lento de la marea. Al rato escuchó los pasos de una persona, que por un instante la miró de pie. Sabía que era solo un poco más alto que ella, siempre que se lo recordaba le pegaba una patada detrás de la rodilla para igualar alturas. Sabía también que traería una cesta con dulces que habría comprado hace un momento, al salir de la tienda, y que llevaría una mochila con un libro de tablas de narrativa amorosa, además de una botella de agua. Se sentó sin



decir nada e Ily apoyó la cabeza junto a su hombro, el mar se movía más lento y apenas veía nada. En el silencio, empezó a llorar.

Estuvieron hasta el anochecer, susurrando alguna palabra de vez en cuando, y cuando la dejó en su casa se prometieron que al día siguiente se volverían a ver en el dique. Sabía que tenía que dormirse cuanto antes, pero los ecos de la ciudad la mantenían despierta, le hacían ver la figura de su abuela totalmente quieta mirando al techo. Se levantó varias veces. Fue al baño, fue a beber agua, paseó por el salón, se sentó en la mesa mientras miraba a la nada y se quedó un rato asomada a la ventana para tomar el aire. Decidió entrar a la habitación de su abuela. Seguía en la misma posición, pero casi no la sentía. Se apoyó con cuidado en la pared, sin cerrar la puerta, y miraba en dirección a la cama mientras jugueteaba con su pulsera. No sabía la hora y aunque estaba cansada no quería acostarse otra vez. Estaba pensando en que quería escribirle una carta, una sencilla y bonita, cuando se dio cuenta de que su abuela le estaba sonriendo y le tendía la mano apoyándola en el borde. Se sentó con ella y le dio la mano. Su abuela tarareó una canción recreativa de cuando Ily era aún una niña y cuando terminó ambas se rieron. Las dos siguieron despiertas un rato, sin hablar ni cantar. Cada una miraba a un punto diferente de la habitación, al menos eso creía por el sonido de la ciudad, y si una volvía la cabeza hacia la otra, esta le devolvía una mirada en el silencio y se sonreían. Ily se quedó allí hasta que su abuela se volvió a dormir.

Se despertó pronto para terminar el papeleo del trabajo, que le llevó más de la cuenta al estar cabeceando en todo momento. Al terminar salió para preparar la comida y encontró el salón desierto, su madre aún estaba trabajando y su padre cuidaba de su abuela. Se dio cuenta de que el médico ya había llegado, la puerta del cuarto estaba cerrada. Podía oír un rumor desde dentro y de querer podría haber entendido lo que decían, sin embargo, prefería no hacerlo. Si tenía que enterarse de alguna noticia, que fuera más tarde. Con la comida ya preparada lo vio salir, estaba hablando con su padre mientras ambos sonreían por cortesía. Su abuela estaba durmiendo. Cuando volvió su madre comieron, la mesa ya estaba lista en el cuarto de la abuela y mientras dormía su padre contó que estaba como siempre, que tenían que intentar mantenerla más activa, que aunque fuera hablase algo de vez en cuando. De pequeña sí que solían hablar más entre las dos. Era muy revoltosa de niña, su abuela tenía que atender a las historias que le contase, reñirla si se portaba mal o escuchar las tonterías que cantaba cuando se la llevaba de paseo, pero según se fue haciendo mayor se le agotaron los temas que pensaba que podía compartir con ella. Los años antes de que la trajeran a casa pasaban su tiempo en silencio, mirándose y sonriendo o cada una a lo suyo. Esa tarde estuvo con ella, hablándole cuando podía y, antes de irse, viéndola dormir.



Esta vez él ya estaba allí, con su reloj emitiendo una melodía muy baja y recostado sobre las piedras, usando la mochila como almohada. Había extendido una toalla vieja sobre las rocas y, al sentirla llegar, se sentó y sacó de la mochila una bolsa de papas que alguna vez habría oído que eran sus favoritas. Le preguntó por su abuela y le preguntó por el trabajo, pero Ily esa tarde prefería hablar sobre él. Le comentó qué tal le había ido esa mañana en la frutería y cómo había tenido que volver a soportar a su compañero, quien normalmente pasaba de él sin ni siquiera saludarlo, pero que justamente hoy le había hablado bien y le había ofrecido salir esa tarde. Le habló del libro que estaba leyendo, ese que estaba segura que aún seguía en su mochila. Iba sobre un lío amoroso entre dos hermanos y sus respectivas parejas. Cada vez que había un nuevo giro se lo comentaba con toda clase de detalles y le exponía sus teorías de lo que iba a pasar, si esta o aquella pareja se iba a separar, si los otros se darían cuenta de que se gustan. Le habló de lo que quería hacer ese fin de semana, ir a la playa con sus amigos para jugar con la pelota y, si Ily quería, al día siguiente verse en el paseo marítimo y cenar allí. Le habló de qué quería hacer dentro de muchos años, de sueños que sabía que cumpliría y otros que no, y le habló hasta que anocheció de nuevo mientras ella lo miraba en silencio. El mar seguía susurrando y se había vuelto la única voz, lo escucharon hasta que Ily le apretó la mano y ambos volvieron la cabeza. Podía sentir su mirada; ella también susurró:

—Tus ojos son hortensias que se mueven con el viento y las olas de un mar tranquilo.

Se acostaron en la toalla e Ily se apoyó en su hombro, los dos miraban ahora hacia arriba, al cielo. Según algunos libros viejos, los que no tenían grabados, en él había puntos de luz, estrellas, que dibujan curiosos retratos en el cielo por los que se podían guiar de noche, cuando los ojos servían para algo. Ahora se las tenían que imaginar. Era algo complicado imaginar algo que, en teoría, estaba tan lejos, algo que nadie vivo había visto, pero a Ily le gustaba pensar que cada estrella era una boca y una voz que hablaba sobre líos amorosos.

La acompañó hasta su casa cuando ya se había hecho tarde y se prometieron que se verían al día siguiente y al siguiente y al siguiente. Tarareó por las escaleras las flores que no quieres arrancar del campo y el viento que las alegra. Buscó las llaves frente a su puerta, no notaba a nadie en el salón y tampoco oía nada. Dudaba mucho que ya estuvieran durmiendo. Entró y el ruido de la ciudad le mostró una puerta abierta y tres sillas reunidas junto a una cama. Su madre estaba apoyada en la ventana, mirando a la ciudad, y el médico, que esperaba de pie junto a la puerta del cuarto mirando al suelo, le dedicó más una mueca que una sonrisa cuando la escuchó. Su padre agarraba y apretaba contra su frente la mano de su abuela e intentaba ocultar el ruido de su garganta al llorar, suponía que por el doctor. Su abuela seguía acostada. Pensó que estaba en la misma



posición que cuando la dejó. Sabía que estaría triste, ya lo estaba y tal vez por eso no lo sentía, pero hasta dentro de unas horas, al no poder dormir, fue incapaz de expresar nada. Cuando alguien moría, en el hospital o en los funerales se cantaba dejando atrás todo adorno, era solo un canto informativo y quizá el más emocional. Se sentó en la silla que había dejado libre su madre y puso su mano sobre el brazo de su abuela. No podía cantar nada. Del sonido que sentía solo se fijó en los ojos cerrados de su abuela, en su mente solo podía pensar en cruces y en dulces de navidad.

En su momento no entendí los últimos grabados de la tabla, no eran palabras que me hubiesen enseñado y de hecho nunca las he vuelto a leer. La mañana siguiente, antes de bajar a desayunar, dejé el cuaderno de tablas en donde lo encontré. Cuando llegué a la cocina mamá me sonrió y susurró mi nombre. Me miraba fijamente a los ojos cerrados y, aunque no hubiera tenido el sonido de la radio para verlo, supe desde ese entonces que los ojos de mi madre cantaban en silencio. Hace mucho tiempo ya que pasó esto, el otro día me acordé de esta historia y pensé que podría apuntarla en mi propio cuaderno, al menos como la recuerdo. Ya no vivo con mis padres, pero está anocheciendo según el reloj y sé que ahora estarán sentados en el portal, susurrándose o en silencio.



Cartas a la distancia, Taller de escritura de la Diáspora Canaria en Brega

(creación)

Una brisa repentina me trae un olor...

un receptor reacciona y mi mente ya no está aquí. Ni yo.

De repente estoy en casa: las corrientes solo me llevan a casa,

a las islas que son hogar,

a las amigas que son refugio,

a los abrazos que pueden curarlo todo.

A la mar helada que arroja mi piel y

a la sal que se puede llevar toda esta pena.

Tan lejos, pero de repente estoy allí.

Las calles dejan de ser madrileñas,

estoy a más de mil kilómetros,

pero por un segundo no.

Algunas llegamos a Madrid huyendo, otras persiguiendo algo. Nunca nada fue como nos contaron. Queríamos ser abogadas, ingenieras, cineastas y escritoras... y volvimos a ser niñas. Salir de la isla fue revolverse, despedazarse, recoger todas las piezas y recolocarlas de otro modo. Muchas cosas cambiaron, pero algo se nos quedó pegado.

Desde aquí no se veía el Teide, no se escuchaban grillos. Aquí no picaba ni la sal ni la arena. El cuerpo empezó a sentir otras cosas. Casi todas venían de dentro.

Un día de repente nos empezó a pegar fuerte la magua. Y todo nos pillaba lejos: el suelo, el abrazo, el calor de nuestro barrio. Y nos quedábamos sin aire; nos dolía el estómago. Y nadie nos entendía. Y no había nada que hacer.

Hasta que nos encontramos.



Llevo mi casa a cuestras todavía y para siempre.

Encuentro mi casa en la gente.

La que me hace trenzas en el pelo mientras me escucha llorar,

la que entiende mi anhelo

me deja escapar.

La que me dice *no te preocupes, mi niña,*

que pronto va a pasar.

La que se ríe conmigo hasta que se me olvida llorar.

Me recoge del suelo los cachitos de isla que siento que se me van,

que si se me va ella, siento que me voy a ahogar.

La escucho de fondo y me recuerda a la brisa,

a la vida al lado del mar;

trozo de isla en la ciudad,

aire ensalitrado entre la gente...

Me hiciste un charquito en Madrid.

Cada lágrima de impotencia y de pena. De alegría y de alivio. Cada una me ayudaste a recogerla y ponerla a buen recaudo. Formaron un charquito y no un lago, porque las lágrimas son saladas y saben a hogar.

Quiero quedarme aquí dentro hasta que se me amorose la piel y ya no tenga tacto. Aunque solo vea de memoria y deje oler recuerdos. Que solo oiga el silencio. Que se me sale la lengua. Para qué quiero sentidos sin sentido. Si no estás aquí, no puedo sentirlo.



¿Para qué los quiero?

Me quedé arrollada en el sofá, porque no sé hacer otra cosa cuando las palabras me aprietan las entrañas. La leche con galletas se enfriaba mientras me apretaba abajito del ombligo, justo ahí, justo donde a veces quería volver. Me quedé embobada mirando por la ventana, este cielo no es el mismo que coloreaba cuando chica, aquí las estrellas no son rojas ni amarillas, tampoco te miran cuando las miras, *¡qué maleducadas!* Por mucho que se empeñen en decir que sí, nada de aquí se parece a lo que aprendí, todo sabe diferente, todo está soso y gris.

Sabe a hogar cada mensaje redactado en la distancia.

Te mando un beso desde aquí.

Escribo todo pensando en casa y al final todo sobre lo que escribo es amor. Qué quiere decir todo esto que siento, yo no soy adulta, no puedo entenderlo. Métete conmigo en el charquito, déjame averiguarlo.

Vuelvo a casa y lo siento.

Los oídos taponados, la humedad de Los Rodeos,

la saliva que queda en mi frente tras un beso.

Siento el aire entre los dedos,

que hacen movimientos

luchando contra el viento

de camino al pueblo.

Entro a casa y también lo siento.

Los muebles diferentes, los vasos nuevos,



sobre todo la falta de abuelo.

Siento un peso dentro,
un quiero pero no puedo,
porque ya nada es lo mismo.
Porque ya pasó enero.

El cielo en la isla está despejado. Son las tres y media de la tarde y hacen 23 grados centígrados. Esperamos que disfruten de su estancia en Gran Canaria. Es bajar la última escalera del avión y pisar ese suelo de alquitrán lindo y respirar tranquilo, como si me hubiese dado un beso con ese chiquillo que conocí en verano y con el que perriaba en la verbena de Gáldar en pleno agosto. La brisa del mar rompiéndome la cara. Delocos.

*Próxima estación: Nuevos Ministerios. Y solo gente, mucha. Mucho barullo. Qué ansiedad, ños. Qué pena me invade el cuerpo. Magua. Me resisto al presente con Olga Cerpa y Mestisay sonando por mis auriculares mientras ella me canta, como si hablase detrás mía: *vigilen la olla que se va a salir, con tanto canario que anda por ahí; vigilen la olla, que se va a romper con tanto canario echando a correr.**

El cartel de *Kalise para todos*, el coche de mi padre aparcado, sus besos y abrazos, el camino siempre de vuelta a casa. La radio, el mar a un lado, el hambre de horas de viaje y unas ganas de meterme un bocadillo de pata con alioli, pá con la misma charla, y yo con sonrisa en la cara.



Guillermo Oliva Casanova

(creación)

Me señalaban algo que no existía

en el cielo.

Sus dedos se alargaban

como espacios liminales.

Convierten puerta y ojos.

Un hombre no tiene más remedio que

abrazar lo desconocido.

Reinventarse en espirales,

buscarse en el refugio de las miradas.

Verse raíz completa.

Ensañarse por dentro.

Vuelvo a fundirme

en la fuerza del paisaje.

Filo raso. Me extendo.

Gobiérname desde la

herida,

posa ya tus dedos.



Mi grito, Jelen Broock

(creación)

Empecé a oírlo cuando tenía unos veinte años, primero de forma intermitente. Cuando aparecía, era para recordarme la euforia desmedida que había sentido la noche anterior. Me acompañaba unas horas, a veces unos días, y luego se apagaba gradualmente. Al cumplir los treinta, el pitido ya estaba conmigo todo el tiempo, con euforia o sin ella. El otorrino le puso nombre y, desde entonces, le digo a todo el mundo que tengo un *acúfeno*, aunque se me hace raro usar una palabra tan técnica para definir algo que me habla desde hace tanto tiempo.

Me dijeron que no tenía solución y que, probablemente, iría a peor. La causa no estaba clara, pero el pronóstico no pintaba muy bien. Perdí audición en los agudos, unos agudos inútiles que, en principio, no sirven para mucho, pero ya no podía oír la alarma del termómetro eléctrico. Tener ese ruido dentro me daba una ansiedad terrible. Muchas veces pensé que si lo tenía que oír un solo minuto más iba a terminar arrancándome el pelo y apuñalándome las orejas. Pero aguanté.

Con el tiempo, empecé a encontrarlo coherente. Ese pitido era el grito que no podía estar emitiendo continuamente, pese a que gritar pareciera lo más lógico. Durante años, todo en mi vida se derrumbó mientras yo hacía la cama, iba a comprar el pan, trabajaba en una oficina... Ese grito interior era el único permitido y escucharlo siempre, tan clarito, me mantuvo cuerda. Terminamos haciendo las paces.

Por las noches, cuando todo se queda en silencio, puedo apreciar que no es un sonido fijo, sino una letanía rítmica, un *wuiuwuiuwuiu*. Entonces, creo que me está queriendo decir algo y me quedo muy quieta intentando descifrar el mensaje, pero parece un lenguaje antiguo, un morse primigenio de cuyo código carezco. A veces pienso que el pitido soy yo misma, advirtiéndome desde otro punto en el tiempo, manteniendo mi guardia alta porque algo va a pasar y necesito estar atenta. Nunca entiendo del todo lo que quiere decirme, pero le hago preguntas y doy a sus respuestas los significados que más me convienen. Si las cosas salen mal, me enfado y le echo la culpa. Si salen bien, le doy las gracias.

Nunca me ha dado tregua, pero creo que, si me la ofreciera ahora, ya no la querría. No sé si es porque no he aprendido a vivir fuera del fango o por cariño genuino, pero el pitido me hace sentir acompañada. Si desapareciera, me quedaría terriblemente vacía.



Abandonada. Supongo que así funciona el apego: si se va, me quedaría desolada, incluso cuando *he liked me first*.

Lo alimento con decibelios a diario para hacerlo crecer y asegurarme de que se queda conmigo. A medida que engorda, me hace perder contacto con la realidad. Cada cierto tiempo me arrebató un nuevo sonido: la nota alta de un violín, el cantar de un pájaro en el patio, una melodía silbada a lo lejos... Voy distanciándome de todo lo que venga de fuera y enroscándome sobre lo que viene de dentro.

Me pregunto quién de los dos se apagará primero cuando me muera. Si es él, tendré un momento de silencio. Puede que sienta alivio, pero creo que también temeré mucho más. Si me apago yo antes, me guiará cantándose una nana hasta el otro lado, recordándose nuestra historia, errática pero incondicional, y solo él podrá acompañarme hasta tan lejos.



Jorge Rodríguez Esquivel

(creación)

Si Vicente se hubiese quedado con sus amigos

Se llaman Cayetano

No votan a PP

Votan a Ciudadanos

Habría seguido siendo hincha del Atleti, del Beti y del Barça con

El maldito lolo lo lo

No soporto las canciones del mundial

Estaría viviendo en un mundo de fábula, de pantalones pitillo, suéteres a los hombros, trabajo asegurado en el bufete de papá, la clínica de mamá o la empresa del tito abu, yéndose todos los veranos de viajes en barco por Ibiza con sus tías de

Sistema nervioso

desenfadado

Riego sanguíneo

de vodka helado

Seguramente si Vicente se hubiese tragado la pluma y el deseo de dejar a Patricia tendría la vida resuelta, aunque tristemente fue imbécil y despertarse un día declarando que



*Hoy yo no quiero fumar regular
Tráigame un kus
que me haga sentir espectacular
[...]
y joderme con todos los culos
que tengo en el celular*

Vicente ahora tiene cuatro pendientes, cinco tatuajes y el pelo teñido, siendo el terror de sus primos pequeños gritándoles

*Soy una perra
Si me ladras hago
¡Boff!*

Ahora Vicente repudia su antigua vida y ahora va de underground, se pone peluca y se mete la cuca para dentro y deja salir a Magüi Hortensia, la draga club kid, la que vive al límite con su banda trans-eco-feminista saliendo todas las semanas.

*En la pista soy totalitaria
Fuego, laca, tarjeta bancaria
Soy una reina
I'm a biuti, I'm a fresca
Mi cara es patrimonio de la unesca*

Al menos Vicente sigue con la costumbre de drogarse como la de su padre, porque siempre hay cosas que se heredan.



Canciones

- *Cayetano*, Carolina Durante
- *Himno Titular*, Carolina Durante
- *Señoras Bien*, Las Bistecs
- *Soy Peor*, Versión de The Parrots
- *Perra*, Samantha Hudson feat. La Dani
- *En la pista*, Svsto



Muerde el lápiz, lame el papel

Margot Machado

(creación)

HORIZONTAL

- 1 Olor (despierta memoria, descubre infancia).
- 6 Daba contacto a boca (método tradicional de borrar el mañana).
- 8 Emitir (el calor de tu cuerpo, tu amor al animal que duerme a tu costado).
- 9 Resollas (haces como el perro sediento, ¿pide agua o busca tragar toda humedad suspendida en el aire?)
- 10 Amarrará (con yute, con seda o esparto, mordiéndote una muñeca mientras la otra participa en señas).
- 11 Muerta de calor (cada poro dilatado en asombro, escupiendo lo suyo, observando).

VERTICAL

- 1 Abejorro (de zumbido táctil y fugaz que durante menos de un segundo ocupa y sacude el tímpano).
- 2 Acaba (estocada final, extingue los ojos del otro, impune reclama infierno).
- 3 Atrevidas (se lanzan contra las pieles ajenas, parte de una lluvia que no penetra pero altera).
- 4 Forma (de ver el mundo, de escuchar, de tocar, rara vez de ser).
- 5 Amarga, Bilis, Agria, Arcada, Altera, Descansa (ahora recupera).
- 7 Arte antiguo (crees que era arte, pero en realidad era técnica).



Muerde el lápiz, lame el papel*

1 A	2 R	3 O	4 M	5 A	
6					7
8					
9					
10					
	11				

* Respuestas en la última página de la revista.



lluvia en febrero

María González Falcón

(creación)

las nubes se deslizan,

corre un rumor,

un pequeño roce de la apenas

brisa en mi piel

mi cara enrojece,

mis ojos se cierran bajo la luz,

mis pulmones bombean aire,

mi piel llora en azul

un azul—

que florece como un campo

campo sobre el que yazco

flores, amapolas, bucios

quiero ser todos sus colores,

el frío de la escarcha sobre sus pétalos,

el olor a vida que nace de la tierra,

los días que quedan por venir.



me ahogo en el azul,
en el tacto de las plantas

que no llego a sentir, en la piel seca
de mis labios en sangre.

la tristeza se me escapa por los poros

muerdo en azul

un azul—

la lluvia en febrero seguirá

cayendo



casa, hogar, hurgar: Sophia Hidalgo Hernández

(creación)

flores abiertas de jazmín, el tacto de la piel de un pollo a punto de deshuesarse, mirar más allá de las manos de mi madre, constatar que el olor de la humedad del techo se parece al de mi sudor, la lenteja que germina bajo una mata de algodones y el susurro leve pero constante de que en algún momento, quizás ahora, estaremos mejor.



Lo que existió, Teresa Pulido Mañes

(creación)

Unas olas pequeñas, por momentos diminutas, serpentean sobre la superficie azul, el olor que derraman se esparce por la orilla, tapizada de arena y callaos de desigual tamaño. Una playa pequeña, un pequeño hervidero de barcas que ahora permanecen encalladas entre las piedras, añorando las madrugadas de pesca al compás del viento. Un bar en calma o azotado por una concurrencia impaciente, y hasta una antigua caseta de madera, ya un viejo fantasma.

La escala de tonos de la espuma azulada es la música que acompaña en su ligero sueño a Herminia. El tacto de la brisa sobre la piel, las voces lejanas y las risas dispersas completan el bienestar de esa mañana de domingo, es invierno en esa playa.

El sueño es muy frágil, Herminia escucha el tintineo de la música circundante; es breve medido en tiempo reglado, pero es tan profundo, tan reconfortante como un abrazo espontáneo, ese que te dan de bienvenida y el que añoras cuando la única compañía es el silencio.

Herminia abandona su respiración pausada, abre los ojos y se incorpora lentamente de ese lugar en el que ha degustado de nuevo la dulzura de un beso invencible, traspasado por el deleite de unas briznas de fresa y chocolate procedentes del helado que su hija Noa acababa de destrozar sobre su falda dorada. Se despide de ese recuerdo hasta un próximo encuentro, cualquier otro domingo de aquel largo invierno.

—¡Herminia, Herminia!, tu padre y yo nos vamos, ¿te vienes?

—Estoy despierta, tranquilos, me quedo un poco más. Vayan ustedes comiendo, no me esperen.

Herminia estira su espalda alzando los brazos al viento y al sol que aletea en sus hombros y en su nariz, con especial insistencia. Luego se encoge sobre sí misma, los brazos abrazados a sus rodillas y la espalda ahora arqueada, como un altar dispuesto para el sacrificio. Su hija había sido la víctima, tan inocente como cualquier otra en su situación.

—¿Vicente?, ¿atiendes tú a la niña?, tengo mucho trabajo atrasado, ¿lo harás?

—¿Otra vez, Herminia?, yo también estoy cansado, esta semana me han cambiado el turno dos veces en la gasolinera, me caigo de sueño.



—Reclama tu antigüedad, que no te pongan tantos turnos de noche, ¡que los hagan los más nuevos!

—Reclamar, reclamar, eso es lo que haces tú, pues tampoco te cunde mucho; da igual, me ocupo yo, otra vez. Tu trabajo en esa oficina es muy importante, a ver si por lo menos te ganas un ascenso y nos beneficiamos todos.

Así una vez y otra, discusión tras discusión por el trabajo, por los compañeros, por la falta de tiempo, por el cansancio acumulado y por la niña; esa criatura que tardó en venir y que separó con su llegada las aguas que los unían solo superficialmente.

Bajo el frío había sido su primer encuentro y en compañía del agua que empapaba a Herminia tras quedar sin batería su coche, exhausto a sus muchos años. Vio cerca una gasolinera, era su solución aunque llegara empapada y con todas las papeletas para un enfriamiento. Vicente, cuando la avistó, se llevó las manos a la cabeza y corrió a por una toalla, para frenar esa lluvia de melancolía. Así se lo explicó más tarde, delante de un café, mientras esperaba la llegada de la nueva batería de la mano del mecánico del taller al que había llamado Vicente, en un alarde de rapidez.

No era guapo, ni alto ni bajo, y a pesar de su trabajo, lograba mantener una apariencia limpia; los olores intensos de su territorio los neutralizaba con agua y jabón en abundancia. Un cabello pulcro, cinceladas sus rugosidades por un grueso peine, y un rostro regular, torpedeada su barba con un riguroso afeitado. Era poco hablador, pero con una mirada atenta, dispuesto a escuchar cada una de sus palabras.

Se acercó ella, después del primer paso lo demás es rodar, decía una de sus amigas de la oficina. Rio y la rozó apenas con un beso que ella interpretó como una señal de beneplácito. Se sentía ligera a su lado y atractiva aunque solo fuera por la sonrisa que desataba en él su perfume de camelias. Tomar un café, pasear por los jardines del parque y degustar el olor de tanta planta exótica, salir a cenar, y a bailar si se terciaba, fue la sucesión de planes que comenzaron a compartir y en los que ella no percibió ninguna señal de alarma.

Aparecieron de golpe: —he quedado con mis padres para almorzar, quiero que te conozcan, ¡cocinarías algo para llevar?

Herminia lo miró y corrigió toda su frase: —para quedar hay que acordar y querer es cosa de dos; en cuanto a cocinar, mejor lo haces tú.

No se repitió un incidente parecido y los días fluían con calma hasta que un día le miró el móvil: ¿qué buscas?, le preguntó Herminia con ansia. Nada, solo el teléfono del dentista que no lo encuentro en el mío, ¡a saber cómo lo habré puesto!



El serrucho tiene dientes hacia delante y hacia atrás, hay que usarlos todos, palabra de abuelo, es como tu cuerpo, avanza si lo empleas todo o hacia atrás, si descartas partes. Herminia sentía que por más que ella se empleaba a fondo, Vicente retrocedía.

Sin esperarlo, a Herminia le llegó una propuesta para trabajar como asistente en la Unidad de la Mujer del ayuntamiento. Valoró la oferta, avanzó y retrocedió como le había enseñado el abuelo y se decidió por una respuesta afirmativa.

—¿Y qué es lo que vas a hacer? ¿Dar charlas, para llenar los tiempos muertos de esas mujeres que se pasan el día como pedigüeñas, de una oficina a la otra en busca de ayudas para vivir de gratis?

No lo reconocía, había iniciado el proceso de reconversión en un ser extraño, del que solo reconocía su físico; ya ni siquiera sonreía ante la mezcla de perfumes que dejaba en el baño después de la ducha. En eso se había convertido, si antes era un lugar al que se aferraba con fuerza, ahora el deseo de separarse de él aparecía en su horizonte.

¿Qué hace al amor misterioso? ¿Por qué la corriente eléctrica no se detiene cuando hay sobrecarga? ¿Por qué no obedece a las señales de peligro? ¿Por qué el pensamiento avanza y los sentimientos obstaculizan su camino?

Y en ese tiempo de alejamiento, de ampliación implacable de la brecha que los distanciaba sin remedio, surgió el embarazo de un hijo no deseado por ambos, solo por ella que acumulaba en su interior ese deseo, que crecía cada vez que entrevistaba a una de aquellas mujeres, capaces de soportar todas las penalidades posibles si con ello lograban una vida digna para sus hijas.

El contacto con sus padres se incrementó; ellos, desde el pueblo, recibían noticias salpicadas de una risa o de un dibujo placentero. Intuían pero no sabían; ahora, este acercamiento confirmaba aquellos destellos. La animaron a que fuese al pueblo, los baños en la playa le sentarían de maravilla y los paseos día y noche, el salitre de la brisa y los colores de las mareas.

Vicente no se opuso, aunque no le agradaba la idea de esos días alargados en semanas que Herminia pasaba en la casa de sus orígenes. A veces él acudía algún fin de semana y la acompañaba en sus rutinas de mujer embarazada que teletrabajaba desde la casa de la playa.

El nacimiento fue presuroso, Noa se adelantó a su tiempo y en la semana treinta y cuatro ya estaba pidiendo paso. Fue prematura, muy prematura decían los abuelos, que cada



día acompañaban a Herminia al hospital. Le cantaban, le hablaban y le regalaban miles de sonrisas, todo vale para la salud de mi nieta, apuntaba el orgulloso abuelo.

—¿Y Vicente cuándo viene?

—Está muy ocupado, vendrá para el fin de semana.

No había más que hablar, todo estaba dicho. Herminia no quería irse pero sabía que tenía que hacerlo, no quería dejarlo por un mensaje o una llamada; quería verlo, decirle de frente que ya tenía un ser por el que caminar y no rendirse; él ya no merecía su esfuerzo, sus caminos quedaban separados. Ella se iría con sus padres de momento, mientras la niña fuera pequeña; ya después se arreglaría y pondría en marcha su nueva vida.

Eso le diría, pero mientras tanto, Noa era su aliento, la sinfonía que la despertaba, el olor que la encandilaba y la arrullaba antes de bañarla. Se reía, disfruta del agua, como su madre, apuntaba la abuela, y aquella risa, aquellas manos que le hablaban, le insuflaban fuerza para emprender un nuevo día.

¿Por qué el amor a veces alienta, consuela y fortalece y otras humilla y desprecia hasta el fondo del alma? ¿Por qué la muerte real y descarnada alcanza al ser más inocente?

Se sentía agradecida a sus padres, la habían acogido en ese viaje de vuelta imprevisto, en el que había regresado sola, como se fue, pero con una pérdida y un vacío, el que deja la muerte de una hija. ¿Accidente, negligencia, descuido, imprudencia?, todos esos términos se habían barajado, ella los había escuchado, daban vueltas a su alrededor, sin asentarse. Había un recurso al azar en todos ellos, no había habido intención de hacer daño, repetía un susurro de voces sin cesar, pero ella sabía lo que él no había hecho: vigilar a la niña mientras jugaba; ella se desplazaba como un torrente y él no la quería.

Había sido la brecha, la herida por la que su vida se había desangrado. Ella sola era muy fuerte, aquella niña la había acorazado frente a las tempestades; él ya no la dejaba sin aliento con su risa, con sus abrazos cantados, aquella hija lo había dejado sin su trono, los había separado sin remedio.

La vio caminar, corretear hacia la carretera detrás de aquella cometa tamizada por mil colores que le había construido el abuelo. Herminia había tenido que salir a atender una urgencia, solo sería un momento, en el parque volaría el tiempo, impulsado por aquella cometa que él aborrecía, un juego estúpido, de un mundo muerto hacia el que Noa corrió, entre brotes de flores que anunciaban la primavera.



Reseñas

El poeta que escucha caballos trotar alrededor y que se pone coronas de flores donde los pájaros posan sus trinos. Ángel PADILLA (2024): *La Bella Revolución*.

La Tortuga Búlgara, 368 pp., ISBN: 9788412769760

Elena Villamandos

(reseña)

El poeta raro que escucha caballos trotar alrededor y que se pone coronas de flores donde los pájaros posan sus trinos vino a mi casa un día y se quedó a dormir en la litera del salón. Mis gatas lo saludaron tranquilamente, incluso la más asustadiza y él, antes de acostarse, me entregó su libro para que le echase un vistazo. Nunca había oído hablar de aquel poeta raro que escucha a los caballos susurrarle al oído; por ello, ya sumida la morada en el silencio de la noche, me senté en la cocina y abrí las páginas sin grandes expectativas. Leí los primeros versos:

*Han entrado caballos a todas las bibliotecas
y están pisando todos los libros queridos
a la busca de uno que diga la verdad*

Ya no pude soltarlo. Yo, hipnotizada por tanta lucidez visionaria. El reloj marcó las tres de la mañana. Las palabras, impresas sobre fondo blanco, alumbradas por el tenue foco de la cocina. Yo, completamente sumergida en la belleza y en la verdad de aquellos versos, también en lo que ha sido y es la base de nuestra civilización: la crueldad humana.

Ahora, tras varios meses, repito esta lectura, decidida al fin a enfrentar el reto de analizar una obra de tal magnitud:

*Han entrado caballos a todas las bibliotecas
y están pisando todos los libros queridos*



Intento centrarme únicamente en las voces poéticas y no en la imagen performativa del escritor que se pone coronas de flores donde los pájaros anidan sus trinos:

Han entrado caballos a todas las bibliotecas

Así inicia Ángel Padilla este poemario animalista y profundamente crítico. El grito de los animales suena en cada verso para iluminar esos oscuros rincones de nuestra conciencia dormida, narcotizada por el consumismo indiscriminado y por la supremacía humana frente a la naturaleza. El testimonio de los inocentes, de los *sinnombres*, históricamente borrado, silenciado, con el único fin de sostener y alimentar un sistema económico basado en la explotación, la esclavitud, el sometimiento de los seres sintientes del planeta, sus asesinatos. La humanidad perpetúa su poder, con toda su violencia, sus guerras, sus *mataderos*.

Matadero

Matadero

Matadero

Matadero

Los animales manifiestan la verdad del mundo, protestan, claman, animan a las generaciones venideras a alzarse a través de los versos del poeta y nos hablan, de este modo, desde la enunciación antigua de la rosa:

Llegamos de una rosa antigua

de una enunciación antigua de la rosa

llegamos de unos pliegos amarillos

que sólo olían ya a polvo y a muerte



Con enorme optimismo, dirigen su voz hacia los no nacidos, apostando por el despertar de sus conciencias. Aseguran que son la esperanza del mundo, el porvenir, las *porfinllegadas*, los *porfinllegados*, les nombran. La mentira es la historia de la humanidad, la gran mentira.

Porfinllegados,

este es el día en que la mentira será puesta del revés,

en que el río retornará por los cauces secos,

decidme lo que soñáis porque es mi mismo sueño.

Un mensaje pleno de esperanza, de confianza en las generaciones venideras, a pesar de la pena, a pesar de la muerte y de la esclavitud, un resurgimiento y un canto ilusionado a todas las que están por llegar; como en ese hermoso poema titulado, “Laura los Pueblos”, en el que el poeta construye, para su sobrina, versos como estos:

Y te veo cantando con las aves de invierno.

Y te veo muy digna acariciando un cordero.

Y te veo en la gruta dando luz al ciego.

Y te siento cantando con tu voz los pueblos.

Interesante esa tonadilla que tienen algunos poemas de esta obra, sustraídos de gargantas de jilgueros. Estos aparecen en contraposición con otros, sin rima alguna. Encontramos también piezas más cercanas a la prosa poética, en las que el trote de los caballos se hace evidente o el rugido furioso del toro en su embestida o el mugido aterrorizado de la vaca en el matadero o, incluso, el gruñido tierno y lleno de amor de un puerco hacia otro u otra de su especie en ese poema titulado “Te quiero”. El poeta no se ciñe a una técnica y estilo, sino que escucha y adapta los versos al mensaje que está canalizando en cada momento. También resultan imprescindibles aquí las reflexiones que él mismo hace, a lo largo del libro, sobre el propio proceso creativo. *¿Quién está realmente escribiendo esto?*,



se pregunta alucinado el poeta, encandilado por el brillo de sus visiones, y la voz de su conciencia responde:

*Este libro lo está escribiendo un Nosotros
o quizá por Nadie,
no tengo referencia de quien dicta estas letras*

*(sólo sé que hay un amor
que no me deja dormir)*

Tenemos poemas de futuro, como esa “Carta a los aún no nacidos”, fascinante, cargada de mensajes premonitorios donde, con claridad, expone lo siguiente:

Y le hablo a vuestro dentro de cien años.

Pero no es Ángel Padilla quien habla, sino esos caballos que fueron en busca del libro que dijera la verdad y que, al no encontrarlo, decidieron que esta verdad jamás nombrada fuese escrita a través de su catártica pluma. Los animales afirman con contundencia:

*(Dijeron: somos pocos
para esta bella guerra.
Avanzaron
y en el verbo avanzar
vieron que eran millones).*



El poder del lenguaje se trasluce a lo largo de todo el poemario, el lenguaje como arma para aplacar la mentira que ha sostenido el sistema patriarcal capitalista. Así, lo no nombrado emerge de sus páginas, como ese barco que rompe viejas maderas, que echa abajo muros y avanza por los pueblos, una imagen de una simbología enorme que podemos leer en “Cantos para Iratxe”.

Es en el momento del despertar de las conciencias, en esa acción que supone lo que el poeta define en otro de sus versos como *la defensa en los campos*, cuando vemos que somos muchos los que avanzamos hacia la liberación. Profetiza el clamor de la libertad de todos los seres, apelando a nuestra memoria más genuina y primigenia, a la semilla que nos enlaza con el futuro del mundo:

¿Y del sol? Dicen que morirá.

¿Y la Tierra? Miradla.

No hay futuro. Esa es la verdad. Todo está roto.

*Sí hay futuro, esa sí es la verdad. En vuestra profunda memoria
está escrita la palabra que abre ese futuro*

El poema, “Laura los Pueblos”, merece, bajo mi punto de vista, una mención especial. Se dirige a su sobrina, Laura, a la que considera la representación de toda esa futura generación de *porfinllegadas* que conectará las conciencias. La esperanza reside en ella. Un canto a las mujeres como cuidadoras de la madre Tierra y de todo lo sintiente que en ella habita, portadoras de la evolución espiritual necesaria para la transformación del mundo.

También quiero mencionar el poema “EH, HUMANO!”, que supone un llamamiento, un tirón de orejas a la humanidad por sus atrocidades. Transcribo algunos de sus versos:

¡Humano, eh!

No escuches, nadie te habla.



(una batalla de flores avanza)
(tus tanques tus templos tus héroes)
(tu fantasía de tu casa y el sofá)
(la tele)
(el tabaco y la nevera)
(llena de soles muertos)
(llena de praderas envasadas)
(llena de nadas y de nadas)
(que fueron todo)
(azul y azul)

No has oído nada. Tranquilo.

Sólo fue el viento.

Sólo fue el mar. Lejano.

Sólo fue la muerte.

Solo.

En la pieza, “Yo llamo a un mundo”, el poeta llama a un nuevo mundo, justo, un mundo vinculado con lo ancestral, con la naturaleza primigenia que aún reside en lo profundo de nuestra memoria, libre de las ataduras de la explotación y del poder. La poesía está contenida en todas las cosas de la naturaleza, cuando dice:

Al sur de todas las fiebres,



*en el nacimiento de todas las olas,
bajo cada piedra, y allí donde miras,
al oeste, y donde no miras, en sus pies,
al otro lado de la vidriera, a este lado
o entre la hierba rosácea, en la pena, bajo el sol,
recogeréis el poema.*

*Y bajo la alfombra conocida de la vida
recogeréis el poema.*

*En cada punto del cielo también están (los martillos)
Sin ojos, sin manos, sin pensamientos
recoged el poema*

El lenguaje cobra una importancia vital como promotor del despertar, evocador de nuevos mundos, con capacidad intrínseca para cambiar las cosas. Se halla en la voz poética de la naturaleza y de los seres y también en las capas más hondas de nuestra memoria.

*Lo que somos, sobre todo,
es lo que hemos olvidado*

Adelante!

De esta forma nos anima a buscar a nuestra madre en ese hermoso poema titulado “Busca a la madre”, porque ella está sola, dice, la hemos abandonado. Visitarla supone ya no ser nosotros, arrancarnos de cuajo el ego y el individualismo y convertirnos en esa



cebra que recorre la plaza; otro símbolo potente de la liberación. La naturaleza se levanta del cemento de la ciudad:

*Hoy arañó la tierra
y se levanta Viva.*

“Ya están los esperados”

*(que cosieron sus labios
con hilo de cemento)*

En “Decir de los silenciados”, leemos poderosas escenas de la matanza, del exterminio animal. Secuencias precisas de la esclavitud desde la visión del propio animal que la padece. El exterminio y el holocausto comienza con estos desgarradores versos que nos recuerdan a los campos de concentración nazis:

Silenciosamente, los Nadie.

Millones, tan lejos y tan cerca, Nadie.

Ocultos a nuestra vista, en ruinosas naves.

Esta es nuestra zona de confort, sin duda, este genocidio animal que no queremos ver, esta realidad que se nos oculta, lindamente decorada, para no incomodarnos. En “Hay un prisionero”, el ruido sordo de las matanzas es silenciado por las ciudades y la velocidad de sus sistemas productivos, el capitalismo que necesita perpetuarse desde la crueldad:

*Dime, cuñado mío, te encerraron
como encierran a más, siendo inocentes*



Dame una señal y entraré
Tantas señales tapándonos aquí, es muy difícil

Matadero

Matadero

Matadero

Matadero

De este modo nombra el poeta el matadero, con toda la crudeza de la palabra al desnudo, y nombra también a todos los prisioneros. Destapa y señala los lugares donde pueden hallarse sus cárceles para, más tarde, hablarles a los que han sentido su toque de hierba:

Será un día de mucha luz
No por la verdad de una luz
Será por la disposición de los ojos
Los sentidos
Éramos cables de luz no conectados
Somos ceniza y traje gris de preso

Ese día la tierra se encenderá amarilla

Los cascos de los caballos

Las manos de las ancianas

Hay mucho más en este libro: trescientas sesenta y dos páginas de poesía visionaria, de palabras sacadas de la fuente primigenia, la mentira disfrazada, aquí señalada y vuelta del



revés. Tanto que queda aún por decir, porque *La Bella Revolución* no es solo *La Bella Revolución*, también es *Oraciones*, *Cantos para Iratxe*, *Yesterday*, *El libro negro*, *Canción del sol*, *El dolor* y *El libro amarillo de Agosto*. Libros dentro de libros, verdades dentro de verdades. Cuanto pueda escribirse respecto a esta obra resulta minúsculo frente a la obra en su conjunto, porque sólo podremos entenderla desde la experiencia de la propia lectura. Por este motivo acabaré mi humilde texto de aproximación al libro de Ángel Padilla, editado hermosamente por La Tortuga Búlgara, recordando al poeta que escuchaba caballos trotar alrededor y que se ponía coronas de flores donde los pájaros posaban sus trinos y, como mismo empecé esta reseña, transcribo a continuación unos versos que también yo sentí leyendo aquella noche *La Bella Revolución*:

HAN ENTRADO CABALLOS

Ha entrado un caballo en mi cuarto.

Esta mañana que vi llover y ahora hace sol.

El caballo, que es negro, me dice ven conmigo,

“hay un lugar más allá del sol”.

Y han entrado caballos

en todas las bibliotecas

buscando entre los libros queridos alguno

que diga la verdad.

Los caballos que trajo consigo el poeta al que un día invité a mi casa no han dejado de estar también a mi alrededor. Les doy las gracias.



Voces desatendidas en el discurso femenino de la novela de posguerra. Rosa GALDONA (2024): *Zapatos azules de tacón alto*.

Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Fuerte Letra, 141 pp., ISBN: 978-84-127933-5-2

Raquel Reyes Díaz

(reseña)

Zapatos azules de tacón alto es un ensayo sobre el papel social y cultural adjudicado a la mujer en el periodo de posguerra, que toma como base a los personajes femeninos de tres novelistas españolas del siglo XX. La autora, Rosa Isabel Galdona Pérez, afirma que “existe un patrón normativo que construye lo femenino desde lo masculino”. En su libro propone cuestionar ese patrón y desvelar lo que las mujeres han vivido y contado desde su posición en el mundo y con su propia voz. Plantea una revisión literaria que ponga “el foco sobre esa voz desatendida, especialmente aquella que rompe mordazas y transgrede lo establecido”.

Rosa Galdona es una de las plumas de referencia del feminismo en nuestras islas. Filóloga y profesora de Lengua y Literatura, ha publicado numerosos artículos, poemas, reflexiones, relatos y microrrelatos. En 1999 leyó su tesis doctoral en la Universidad de La Laguna con el título *Discurso femenino en la novela española de posguerra: Carmen Laforet, Ana María Matute y Elena Quiroga*. Su trabajo fue pionero en Canarias en cuanto al uso del enfoque feminista para decodificar clichés de género en la literatura. El Instituto Canario de la Mujer premió la tesis de Rosa Galdona en su convocatoria de 2001 de Premios y Distinciones como el *Mejor Trabajo de Investigación* y en 2002 se publicó bajo el sello del Servicio de Publicaciones de la ULL.

Galdona suele incluir contenido social en sus escritos. Ella argumenta que le gusta “que siempre haya un toque de protesta”, y su compromiso para denunciar situaciones injustas queda manifiesto en muchos versos de sus libros de poesía en *Algunos amaneceres deshabitados* (2005), *Enllantecida Wendy* (2006), *Reflexionario de mareas* (2009), *Egográficas* (2011), *Ablativa* (2014), *La última esquina del viento* (2017) y *La grandeza de las simples cosas* (2021), y en algunos de sus relatos de *Estampas de tinta* (2023).



Zapatos azules de tacón alto reúne parte de la investigación que realizó para su tesis doctoral. Ahí dirige su atención a las mujeres a las que la sociedad no escucha y revisa su rol históricamente estipulado de silencio y obediencia. El libro se abre con una imagen potente en el primer capítulo: ¿Por qué romper mordazas? A pesar de la imposición de roles, muchas fueron las mujeres que demostraron “el coraje suficiente para romper el guion” y se atrevieron a actuar según su propio criterio. La autora las llama *las mordazas mancadas de la posguerra*, “la cara rebelde de aquel silenciamiento socialmente impuesto”. A continuación, Galdona analiza modelos de conducta marginados por la sociedad representados por personajes femeninos, donde se muestran las solitarias, las mal casadas, las prostitutas o las locas.

Son tres las escritoras que se incluyen en este estudio: Carmen Laforet, Ana María Matute y Elena Quiroga. Cada una de ellas creó verdaderas joyas literarias desconocidas por la mayoría de los lectores. Laforet fue la más leída en sus comienzos, gracias a la obtención del Premio Nadal en 1945 con la novela *Nada*. Luego, la fuerza mediática centró su foco en Matute. Elena Quiroga es la gran olvidada de la crítica española y, sin duda, la menos leída, pero es la más conocida a nivel europeo. La Real Academia de la Historia contó con Rosa Galdona para elaborar la biografía de Quiroga y está incluida en el Diccionario Biográfico Español. Una de las citas con las que comienza *Zapatos azules de tacón alto* está sacada de una de sus novelas, *Escribo tu nombre*: “Queréis tenernos... sin opinión propia... a eso llamáis portarse bien. Vuestras costumbres, vuestros modales, vuestras ideas... ¿Por qué? Nada de eso es una herencia. Ya está bien”.

Laforet, Matute y Quiroga fueron, junto a otros nombres, “piedras fundamentales para la reconstrucción de nuestra literatura”, interrumpida por la guerra civil. Comenzaron su andadura literaria entre las ruinas de la inocencia optimista mutilada por la guerra y “sepultada por el horror y la desesperanza”. La guerra fue “una zancadilla de la historia de la que ha costado recuperarse, una mancha en la memoria de nuestras gentes y una huella indeleble en mucha de nuestra mejor literatura”. La voz de la mujer irrumpe en la posguerra para dejarse oír en las novelas y relatos de muchas autoras. “Escribir fue una forma de supervivencia en aquel contexto de hambre generalizada de alimento, de cultura y de libertad. [...] Jamás nuestra historia literaria había registrado en sus páginas tal concurrencia de nombres de mujer que saltan a escena entre los años 1945 y 1955”. Nos encontramos en esa época firmas como Rosa Chacel, Eulalia Galvarriato, Susana March, Mercedes Formica, Elena Soriano, Dolores Medio, Mercedes Salisachs, Carmen Kurtz y Carmen Martín Gaité.

Más interesante que las propias autoras fue la época en la que escribieron. Con gran habilidad, tuvieron que desarrollar técnicas para esquivar la censura y plasmar testimo-



nios de mujeres que hablaban desde la ficción. Como afirmaba Ana María Matute, “escribir es una manera de estar en el mundo”.

Entre los tipos de personajes marginados que aparecen en *Zapatos azules de tacón alto*, las catalogadas como las locas están representadas en las obras de las tres novelistas. Para el feminismo, la locura es una conducta que transgrede lo establecido. En su trabajo de investigación, Galdona señala varios tipos de locura, es decir, de ruptura con el canon, y los ilustra en cuatro personajes de las novelas analizadas, a saber, Teresa, Frufrú, Pino y Liberata. Es precisamente una de ellas, Frufrú, quien la inspiró a crear el título que quería para su libro. Aparece en *La insolación*, de Carmen Laforet, y su imagen estridente se describe de esta manera:

Martín nunca había visto una señora parecida. [...] El pelo teñido de rubio azafrán sobre una carita de mono retocada con varias capas de pintura. La blusa, de un amarillo brillante, era sin mangas y con un gran escote, y en el escote collares de colorines [...] Llevaba falda acampanada con lunares negros sobre fondo rosa, piernas sin medias y pies calzados con zapatos azules de tacón alto.

Teresa, Frufrú, Pino y Liberata son los personajes con clichés de locas que las autoras han querido perfilar en sus novelas. Teresa representaría el papel de *la loca del ático* del que hablan las críticas literarias Sandra Gilbert y Susan Gubar, un arquetipo recurrente para señalar a la mujer aislada y condenada al ostracismo. Frufrú, por su parte, marca la ruptura de toda norma y la felicidad de ser libre. Su lema es “me quedo porque puedo irme”. Por su parte, Pino es el personaje histérico que resuelve a gritos la incapacidad de soportar su propia vida. Finalmente, Liberata es un gesto de rebeldía hacia la sociedad. Decide apartarse del mundo y se convierte en un ser yaciente que reniega de todo: no habla, no mira, no se mueve, pero sigue escuchando lo que sucede a su alrededor.

En cuanto a la terminología utilizada, hay que matizar que Galdona trabajó en su investigación en una época en la que los estudios de género no proliferaban aún en España. En los años 90 no había conocimiento de las teorías feministas y vocablos como *ángel doméstico*, *arquetipos patriarcales* o *modelo matrofóbico* no formaban parte de los estudios en las universidades. Tuve ocasión de preguntar a Rosa Galdona por ello y me comentó que la terminología feminista que aparece en su trabajo proviene de los estudios de género que ya existían cuando realizó la investigación. A medida que se iba documentando, aprendía conceptos y términos tan apasionantes como desconocidos: “En España, el feminismo en crítica literaria estaba naciendo cuando yo hice este trabajo. Las lecturas que abordé como fuentes de investigación estaban todas en su lengua original: el inglés.



Así las tuve que leer. Y las del feminismo francés, las leía traducidas al inglés. En español no había prácticamente nada”.

Es de destacar, además, que entre las variadas referencias bibliográficas que se incluyen en su tesis, una de las obras citadas es *El feminismo en la literatura española*, de María del Pilar Oñate. Esta obra data del año 1938 y llama la atención por la temprana publicación que tuvo en las letras de nuestro país. Al señalar esto, Rosa Galdona responde que Oñate fue una adelantada a su tiempo, una *rara avis* de aquella época. Se trataba de un estudio incipiente y un tanto cándido, pero sin duda fue un aporte fundamental para lo que vino después.

Una última pregunta que formulé a Galdona fue sobre el feminismo del siglo XXI. ¿Ha logrado hacer aportaciones significativas o parece que está todo inventado y reinventado? ¿Habría que cuestionar algo a las diversas corrientes feministas de hoy en día, que en no pocas ocasiones disputan entre ellas? En la actualidad se han logrado cambios y se han conseguido derechos que no existían en épocas anteriores. Por eso, con todo lo que hemos avanzado, ¿seguimos necesitando feminismo hoy día? Me responde con rotundidad que la igualdad plena sigue sin existir: “Hay que seguir en la brega social, ya que todavía hay mucho campo que conquistar. Los microfeminismos enfrentados entre sí no hacen más que alimentar la animadversión por desconocimiento hacia la única lucha. Y aquí me estoy saliendo de lo literario, pero es lo que creo. La literatura es, al fin y al cabo, una recreación del mundo”.

Esta reflexión recuerda y subraya la importancia de la literatura feminista en Occidente, donde tenemos tanto terreno ganado. Nos familiariza con las desigualdades históricas, arroja luz sobre algunos hechos que son invisibles y expone las injusticias contemporáneas.



Artículos

La búsqueda de la libertad a través de los sentidos: vida y obra de la poeta canaria Victorina Bridoux y Mazzini

The search for freedom through the senses: the life and work of the Canarian poet Victorina Bridoux y Mazzini.

María Gómez García

(artículo)

Fecha de recepción: 20 de enero de 2025

Fecha de aceptación: 9 de marzo de 2025

RESUMEN

En el presente artículo se analiza la visión de la libertad de la autora canaria Victorina Bridoux y Mazzini, ya que las mujeres que forman parte del Romanticismo español apenas han recibido atención por parte de la crítica a lo largo de la historia. La forma de tratar la libertad de la mayor parte de autoras románticas es mediante temáticas como la naturaleza, el género, la muerte, la religión, los sentidos u otras cuestiones que se acogen por influencia del movimiento en España. Así, la autora que se estudia en el presente artículo se centra en sus sentimientos individuales y en sus preocupaciones, que están relacionadas íntimamente con su forma particular de sentir y expresar sus emociones.

PALABRAS CLAVE: Libertad, poesía, Romanticismo, sentidos, introspección.

ABSTRACT

This article analyzes the vision of freedom of the canarian author Victorina Bridoux y Mazzini's, because Spanish Romanticism women have hardly received attention from critics throughout history. Their way to talk about freedom is through themes such as nature, gender, death, religion, senses or other romantic issues that are embraced by the influence of the movement in Spain. Thus, the author studied in this article about her individual feelings and concerns, closely related to romantic ideas and her particular way of feeling and expressing her emotions.

KEYWORDS: Freedom, poetry, Romanticism, senses, introspection.



*Yo siento un malestar indefinible,
el aire que respiro me sofoca...
¡Hay una cuerda al corazón sensible,
y al sentirla vibrar me vuelvo loca!*

(Bridoux y Mazzini, 1862)

El presente artículo se realiza con el objetivo de conocer a la poetisa canaria Victorina Bridoux y Mazzini, pues las mujeres que formaron parte del Romanticismo español, en su mayoría, han sido silenciadas a lo largo de la historia: se ha considerado al Romanticismo español escaso y no se han tenido en cuenta las obras significativas y transgresoras de las autoras femeninas. En esta época, luchaban por sus derechos y por formar una sociedad más justa. Sin embargo, la mayor parte de personas desconoce su obra, invisibilizada por un sistema que decide qué contenidos son los canónicos para impartir a los estudiantes e impide que puedan llegar a ellos voces más desconocidas pero relevantes.

Algunas investigadoras, como Susan Kirkpatrick, ya estudiaron en profundidad algunas voces femeninas de la época romántica. La escritora ha expuesto las características principales que compartían estas autoras en el panorama nacional, como la importancia que tenía la poesía para ellas, que era una forma de expresión, ya que estaban silenciadas y necesitaban una manera de desahogarse. Por otra parte, la crítica ahonda en la solidaridad que las literatas compartían: aunque por las circunstancias sociales fuera necesario el papel de un hombre como sustento, ellas apoyaban mutuamente sus escritos (Kirkpatrick, 1992, pp. 7-14).

Kirkpatrick también denuncia la censura que sufrían las románticas, debido a que los temas que podían tratar estaban limitados. Tenían que controlar minuciosamente el vocabulario y las expresiones utilizadas para poder ser aceptadas por la sociedad. Con el objetivo de expresar sus inquietudes y poder adaptarse a este esquema social, las escritoras forjaron su propio lenguaje poético, adaptándose a temáticas tan generales como la auto-representación, el amor o la política, pero añadiendo toques autobiográficos, protestas y juegos con el lenguaje. Algunas de ellas incluso llegaron a acoger seudónimos masculinos para lograr mayor naturalidad y libertad. Finalmente, muchas de ellas se resignaron a cumplir con su papel doméstico y comenzaron a escribir sobre la maternidad, la muerte y su estado como esposas, que en la mayor parte de las ocasiones era solitario (Kirkpatrick, 1992, pp. 15-41).

Como introducción a la biografía de la autora que se tratará, es necesario aportar una serie de pinceladas acerca del Romanticismo español, ya que Bridoux y Mazzini escribe



por influencia de los autores de su país y por la propia corriente estético-cultural que se desarrolla en la época, aunque es bien sabido que en España el periodo romántico contó con una incidencia más moderada que en Europa. En este canon romántico español, dentro del género de la poesía, encontramos nombres como Mariano José de Larra, José de Espronceda, José Zorrilla, Rosalía de Castro y Gustavo Adolfo Bécquer.

En España, el periodo de la búsqueda de libertad, de los sentimientos enaltecidos y de la importancia de las vivencias individuales se vertebra alrededor de lo medieval, al igual que en otras zonas y culturas, con la peculiaridad de que aquí se trata desde el punto de vista de la religión y el cristianismo (Riquer y Valverde, 1994, pp. 251-254).

Mariano José de Larra (1809-1837) destaca por su escritura periodística: su mayor dedicación es la divulgación de artículos de estilo contradictorio, en los que opta por desarrollar críticas hacia otros autores o hacia la sociedad de la época. Esto lo consigue mediante su prosa directa, clara y efectista, llegando a todos los públicos a través del vocabulario, que es similar a su forma de hablar (Zamora Vicente, 1987, pp. 77-86). Por otra parte, la fragancia puramente romántica es percibida por José de Espronceda (1808-1842) y sus versos melancólicos, influenciados por los autores ingleses, especialmente por Lord Byron, con quien comparte la temática del corsario como héroe de la época, que podemos leer en su poema «La canción del pirata» (1835). Además, desarrolla una serie de rasgos propios de la estética neoclásica, un vigente interés por la tradición medieval y, como se comentó con anterioridad, una ferviente defensa a la religión. Sus personajes, por otra parte, suelen ser seres antisociales y marginales, viven fuera de la ley y buscan la libertad (Zamora Vicente, 1987, pp. 9-40). En cuanto a José Zorrilla (1817-1893), se caracteriza, principalmente, por su obra *Don Juan Tenorio* (1844), donde expone una visión humanizada del héroe prototípico. Su don Juan, dentro de la esencia medieval y legendaria, es libertino, pero se acaba enamorando y, por tanto, viviendo los tormentos propios del enamorado romántico (Peña, 1983, pp. 11-28).

Asimismo, contamos con dos grandes poetas pertenecientes al posromanticismo, que forman parte de este periodo a causa de la coincidencia con las principales características románticas. En primer lugar, cabe mencionar a Rosalía de Castro (1837-1885), que mediante sus rimas coloridas y sensitivas nos lleva a la añoranza y al sentimiento de pertenecer a una tierra de origen. Convierte a Galicia en una comunidad con voz propia: es la primera poetisa que encuentra nombre para el sentimiento de pertenencia a lo gallego (Alonso Montero, 1985, pp. 11-16). Para concluir, debemos mencionar a Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), conocido célebremente por la naturalidad y sencillez de sus *Rimas* (1871), donde muestra la esencia de la poesía.



En relación con la autora que se trata en el presente artículo, Victorina Bridoux y Mazzini (1835-1862) fue una joven poetisa de descendencia italiana y francesa (Rosa Alonso, 2006, p. 30) que emigró desde Inglaterra hasta Andalucía, debido a que su progenitor desapareció de su vida y de la de su madre. Se ha considerado como una de las primeras autoras canarias, ya que, cuando tenía veinte años, comenzó a vivir en las islas, concretamente en Tenerife (García Fierro, s. f.). Con la corta edad de veintisiete años, Bridoux falleció a causa de la epidemia de fiebre amarilla que desoló las calles tinerfeñas. Antes de caer enferma, escribió un poema dedicado a la enfermedad, una plegaria en la que rogó por su salvación (García Fierro, s. f.).

Los primeros resquicios de su poesía se encontraron en *El noticioso*, uno de los periódicos que se difundían en Canarias en la época, y el primero de sus poemas se tituló «Mi sueño» (1853). La autora escribió varias obras en prensa, pero su totalidad se publicó de forma póstuma a manos de su marido, Gregorio Domínguez de Castro, con quien contrajo nupcias en 1855, y está formada por dos tomos con el título de *Lágrimas y flores* (1863) (García Fierro, s. f.).

La autora no se dedicó únicamente a la poesía, sino que también interpretó, como actriz, algunos papeles en obras teatrales de la época, como en *El zapatero y el rey*, reconocida obra de José Zorrilla que influenció con vehemencia en la obra de la joven (Rosa Alonso, 2006, pp. 57-62). Por otra parte, escribió tres novelas que no adquirieron gran popularidad: *El bálsamo de las penas* (1863), *Amparo* (1890) y *El secreto de la hermosura* (1890). Aun así, fue la primera mujer canaria que pudo publicar y editar un libro (García Fierro, s. f.).

En cuanto a las características de su obra, Victorina Bridoux destacó por pertenecer a lo que se ha considerado posromanticismo o, como expresó despectivamente Gaspar Núñez de Arce, poeta, político y miembro de la RAE, a la época de los «suspirillos germánicos»; es decir, que opinaba que Bridoux carecía de interés literario, al igual que muchos de sus coetáneos, como Gustavo Adolfo Bécquer, que también formó parte del Romanticismo tardío (Rubio Jiménez, s. f.).

Aun así, es indudable la huella romántica en los poemas breves y melancólicos de la autora, donde hallamos la cursilería y la sensibilidad como mecanismos de acercamiento a los sentimientos de los lectores de la época. Gracias a la revolución consolidada en el siglo XIX por el desarrollo de la imprenta, las mujeres, por primera vez, podían tener voz, así que gran parte de ellas comenzó a escribir poemas y a publicarlos en periódicos, ganando así difusión (Rosa Alonso, 2006, pp. 30-42). Podemos acercarnos al estilo de Victorina Bridoux mediante algunas estrofas breves, como:



Dice que fue capaz de adivinar su muerte
Y yo que vengo en mi constante anhelo
A dejar un recuerdo de ternura,
cuando descansa aquí, ¿habrá en el suelo
quien orle de laurel² mi sepultura?

(Rosa Alonso, 2006, p. 8).

María del Pilar Sinués, una amiga cercana de la poetisa, opinó en varias ocasiones sobre la carencia de elementos románticos en la obra de Bridoux, pero la mayor parte de los críticos literarios que han estudiado su poesía han coincidido en que en sus versos se pueden observar coincidencias lingüísticas con otros poetas románticos de la época, dejándonos citas similares a la siguiente:

Pero cuando en medio de su concierto divino que se llama poesía, pulsa el arpa una mujer y vibran sus arpegios al compás de los acordes de esa armonía sublime, entonces la parte moral e intelectual se revela contra lo material y arrobado el espíritu al sentir tan gratas emociones, cree oír entre el selvático trinar de los ruiseñores, el dulce y melancólico canto de la calandria (Rosa Alonso, 2006, p. 68).

Debido a esto, se llega a la conclusión de que es innegable la presencia de elementos románticos en su obra, aunque tomados desde una perspectiva, en mayor medida, alegre y esperanzadora.

Los temas de la autora fueron muy diversos y rondaron alrededor de los ideales románticos de libertad, belleza, verdad y amor. En primer lugar, escribió sobre el amor romántico, dirigiéndose sobre todo a su marido, ya mencionado con anterioridad, pues siempre se afirmó que estaban fervientemente enamorados, por lo que lo alabó mediante rimas y versos con cierto aire de cursilería (Rosa Alonso, 2006, pp. 44-48). También trató el amor de la amistad, y en estos versos se pueden ver rastros de añoranza, debido a que gran parte de sus amistades habitaban en Andalucía, lugar en el que se crió la autora, por lo que estos poemas cuentan con un tono melancólico, recalcando que, a pesar de la soledad, siempre se sintió apoyada por Dios y por su madre, Ángela Mazzini, que, al igual que su hija, fue escritora (Rosa Alonso, 2006, pp. 65-73). Esto puede observarse en los siguientes versos:

¹ El laurel se ha empleado a lo largo de la historia de la literatura como símbolo de la gloria, sobre todo en el terreno de las letras, por lo que la autora expresó sus ansias de ser recordada cuando llegue la hora de su muerte y el miedo que sentía porque nadie la recordara, característica que compartió con sus coetáneos románticos.



Entonces yo creía,
que en ella mi amistad se concentraba;
tu acento no escuché, bella María,
pero en mi sueño de candor te amaba.

(Rosa Alonso, 2006, p. 70).

Otro de sus temas principales fue el de la muerte, ya que, al morir a una edad tan temprana, contó constantemente con el presentimiento del suceso y llegó a obsesionarse con ella, permitiéndole tomar el control de su escritura y hacerla tornar de alegre y esperanzadora a melancólica. Solía relacionar a la muerte con el amor, rasgo propio del Romanticismo (Rosa Alonso, 2006, pp. 98-101). Encontramos también la temática de la libertad: Bridoux la utilizó como una forma de desahogo ante sus preocupaciones. Quería liberarse mediante la escritura de los actos vitales, de todo aquello que no era puro y que no le permitía disfrutar de su existencia. Asimismo, expresó en sus versos la sensación de encierro que la ahogaba, pues, aunque no criticó su vida en las islas, mostró una fuerte añoranza por la tierra en la que creció, Andalucía: deseaba volver para dejar de sentir soledad y tristeza, y escribió gran cantidad de poemas dedicados a ella, como el siguiente:

Fué mi patria adoptiva Andalucía
patria que lloro cual perdido cielo.

(Rosa Alonso, 2006, p. 103).

Si hablamos de las temáticas de Victorina Bridoux y Mazzini, es necesario centrarnos en sus creencias religiosas y en su dependencia con Dios, pues la autora era católica y contaba con una gran fe religiosa, aunque fuesen creencias que chocaban con algunos de los poetas principales del Romanticismo, como Percy Bysshe Shelley, que llegó a ser expulsado de la Universidad de Oxford por su tratado sobre el ateísmo. En opinión de la autora, Dios era todo lo que existía en el universo. En sus poemas se refería a él como peregrino, lo mostraba simbolizado a partir de una figura masculina, era quien, una vez unido al alma, liberaba a las personas del sufrimiento terrenal.² Bridoux dedicó a la religión y a la divinidad gran parte de su obra (Rosa Alonso, 2006, pp. 98-101) mediante versos como:

² Estas ideas de la búsqueda de la unión del alma con Dios nos recuerdan a la mística, encabezada con San Juan de la Cruz en el siglo XVI.



¡Oh, mi amor celestial que yo te llamo!
¡El mundo es nada, porque no te veo,
el cielo es todo porque yo te amo,
la muerte es poco, porque yo te creo!

(Rosa Alonso, 2006, p. 99).

Un elemento destacable en la poesía de Bridoux fue el uso de seudónimos, pues la escritora se ponía en boca de otros personajes que ella misma creaba. El más popular era Manfredo, un poeta que trataba de cortejarla, al igual que otros de sus personajes. Lo empleaba como metáfora de la prevalencia de su mundo idílico frente a la realidad. Algunos de sus poemas se transformaron en un diálogo entre este curioso Manfredo y la poetisa, creándose así un juego metaliterario (Rosa Alonso, 2006, pp. 85-96).

Aunque los seudónimos estuviesen dotados de un toque ligeramente humorístico, también se empleaban como recurso para desarrollar diálogos entre ambos y para que la poetisa pudiera dar su opinión sobre temas diversos, como los siguientes versos, en los que reflexionó sobre la esencia del amor:

¿Es el amor tan solo
bella teoría?
¿Es el ensueño dulce
de la poesía?
¿Es la delicia
que imaginarse puede,
de una caricia?

(Rosa Alonso, 2006, p. 91).

La autora contaba con otros seudónimos, como La Dama de las Flores, que trató de explicar qué era el amor a El Amor, curioso juego alegórico, pues la poetisa convirtió al amor en un personaje que dialogaba sobre sí mismo y sobre su esencia. Podemos ver en los siguientes versos una explicación sobre el concepto:



Pues he de revelarte, bella señora,
el misterioso arcano que el mundo ignora,
escucha atenta
que el león no es tan fiero como cuenta.

(Rosa Alonso, 2006, p. 95).

En conclusión, Victorina Bridoux y Mazzini fue una poetisa que adquirió gran popularidad gracias a sus versos personales, sensoriales y con pinceladas románticas, que permitían a los lectores identificarse con sus poemas. Desprendía un halo angelical que era genuino, repleto de sensibilidad y pureza. Su pretensión no fue mostrar grandeza en su poesía, sino mostrar su corazón, expresarse acerca de su propio valor humano y sus ideales de libertad y amor.



REFERENCIAS

- KIRKPATRICK, S. (1992). Antología poética de escritoras del siglo XIX. Castalia.
- RIQUER, M. y VALVERDE, J. M. de (1994). Historia de la literatura universal. (Vol. 7). Planeta.
- LARRA, M. J. de (prólogo de Zamora Vicente, A.). (1987). Mariano José de Larra, Artículos de costumbres. Clásicos Castalia.
- ZORRILLA, J. (prólogo de Peña, A.). (1983). Don Juan Tenorio. Cátedra.
- CASTRO, R. de (prólogo de Alonso Montero, X.). (1985). En las orillas del Sar. Montero.
- BRIDOUX Y MAZZINI, V. (1862). Victorina Bridoux. <https://www3.gobiernodecanarias.org/medusa/ecoescuela/escritorascanarias/?p=191>
- ROSA ALONSO, M. (2006). En Tenerife, una poetisa: Victorina Bridoux y Mazzini (1835-1862). Librería Hespérides.
- GARCÍA FIERRO, C. (s. f.). Victorina Bridoux y Mazzini. Diccionario básico de canarismos. <https://www.academiacanarialengua.org/archipelago/victorina-bridoux-y-mazzini/>.
- RUBIO JIMÉNEZ, J. (s. f.). Bécquer y la poesía contemporánea en lengua española. Biblioteca virtual Miguel de Cervantes. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/bcquer-y-la-poesa-contempornea-en-lengua-espaola-0/html/00ce8090-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html.



Muerde el lápiz, lame el papel

1	2	3	4	5	
A	R	O	M	A	
6					7
B	E	S	A	B	A
8					
E	M	A	N	A	R
9					
J	A	D	E	A	S
10					
A	T	A	R	A	
	11				
	A	S	A	D	A

Agradecimientos especiales a nuestros suscriptores en KoFi,
nada de esto sería posible sin ustedes. Gracias a su apoyo, las
piedrecitas ya no se nos clavan tanto en los pies:

Andrea Sánchez Villamandos

Elena Villamandos González

Roger Kaleo Cabrera López

